

Página de policía

Lo confieso con orgullo, con legítima satisfacción: soy lector asiduo de la página de policía de los periódicos. El *fait divers*, como dicen los franceses, se alumbra de emoción y de certeza, de una veracidad profunda que excluye las penumbras y los equívocos.

Posiblemente ese gusto se implica a un recuerdo. Hace largos años trabajaba en un periódico. El director, refrescando su estereotipo con un abanico de guano, presidía unos consejillos eruditos. Se canjeaban ideas y pen-

samientos. Se urdían campañas mastodónticas sobre la diversificación de cultivos. Se elaboraban artículos tremendos sobre los postes de la muerte, subrayando con datos estadísticos el número de cráneos que habían sido estropeados al chocar contra esas rebarbativas trancas urbanas. Los postes de la muerte suscitaban inmediatamente en el espíritu del director una asociación de ideas. Se volvía hacia el Jefe de Información, que era un muchacho silencioso, extraño, taciturno y de malas pulgas, y le decía:

—Quiero para mañana una primera página hecha sobre un charco de sangre.

El Jefe de Información, sonriendo tenuemente y con respeto, replicaba:

—Es una lástima que no tengamos a Jack el Destripador en La Habana. Con su presencia en nuestra capital, acaso podría hacer una primera página sobre un charco de sangre.

El Director, adobando con una mano judicial sus bigotes prolijos, interpellaba nuevamente al Jefe de Información:

—En materia de charco de sangre, ¿qué tenemos para mañana?

—Hasta ahora, que son las siete de la noche, muy poca cosa: Un viejo que apareció ahorcado en la calle Trocadero, pendiente de una lámpara; un sujeto que se produjo una fractura conminuta de los huesos cuadrados de la nariz al resbalar sobre una cáscara de piña; un chino al que le robaron de su puesto de frutas una tajada de melón.

El Director interrumpía:

—Dice usted que un chino resbaló sobre una cáscara de melón.

—No, señor. Quien resbaló sobre una cáscara de piña fue un cubano. Al chino le robaron una tajada de melón de su establecimiento.

Inmediatamente, el Director se volvió hacia mí, que era editorialista del periódico:

—Hágame el favor de escribir un artículo de fondo abogando, como siempre, por el cultivo de la piña, pero señalando el hecho censurable de que las cáscaras de piña no deben abandonarse imprudentemente sobre la vía pública.

Y sin transición, dirigiéndose al Jefe de Información:

—Nada de eso sirve para una primera plana hecha sobre un charco de sangre. Un viejo ahorcado, un suicidio vulgar, un hombre que se desliza sobre una cáscara de piña, un chino al que le hurtan una tajada de melón. Muy pobre todo eso. Mire: al viejo ahorcado, al hombre que resbaló sobre una cáscara de piña y al chino con su tajada de melón, me los manda para la página de policía.

Ah, tristeza: aquel Director no comprendió, porque era nuevo en este oficio doloroso, todo el encanto diáfano, fluídico, inmaterial que hay en el suceso de policía menudo, opaco y sin relieve. Y sin embargo, loado sea Dios, es en la página de policía donde uno encuentra la vida tal como es, donde uno se tropieza, para aromar el espíritu, con la belleza pura, resplandeciente, sin escorias y sin intermediarios, de lo cotidiano. Por encima de todo, hay determinada correspondencia entre algunos sucesos de los que llaman los *reporters* "policía chiquita" y las hazañas que tienen por decorado la pista de un circo. Ved, por ejemplo, ese suceso tan frecuente: un niño se tragó un níquel. Uno piensa de inmediato en el hombre infinitamente triste que para ganar su existencia se dedica a comer candela. Es, poco más o menos, la misma cosa. Además, un niño que muestra esa capacidad esofágica hasta el punto de tragarse un níquel y devolver tan sólo tres centavos por el vehículo del lavado de estómago, está demostrando un claro sentido de la política. Ah, sí: en ese níquel engullido y en ese níquel residual hay, fecundo, activo, anticipatorio, un estadista. Ah, aquella noticia que desdeñaba un director ligero: un hombre resbaló sobre una cáscara de piña. Es, aparentemente, un suceso ínfimo, trivial. Pero ahí también, en esa piel arisca de piña y en ese deslizamiento imprudente —en lo que pudiéramos llamar un patinazo— hay, sintética, objetiva, lapidaria, sin literatura, la biografía breve y elíptica de cualquier estadista, de cualquier adalid de estos tiempos difíciles y desventurados. ☒

En los periódicos hay un cargo difícil: es el hombre encargado de recibir a los inventores. Es un cargo que exige cualidades excepcionales de paciencia, de mansedumbre, de resignación. Generalmente se escoge para esa tarea un redactor que esté en vísperas de suicidarse con tinta rápida o el que horas antes haya atrapado un terminal. El término medio no cabe en esta materia. Una vez desemeñé ese cargo con carácter interino. No he olvidado la tarde, una abrumadora y tórrida tarde de agosto, en que recibí a dos inventores. El primero era un hombre trigueño con unas manos enormes que manejaban unos planos. El segundo era un hombre rubio con unas manos pálidas que manejaban estadísticas.

El primero, con un entrecejo fosco, dijo:

—He sometido mis botas autolocomocionales al Secretario de Defensa. Si usted me lo permite voy a suministrarle una breve explicación. La bota autolocomocional está dotada de un resorte. Vea usted: es la figura A. De ese resorte brota un hilo conductor, un alambre de doce pulgadas que comunica con el corneta de órdenes. Ese alambre puede ser dulce, puede ser amargo. Lo mejor es revestirlo con un forro para evitar la oxidación del corneta de órdenes. Esto que usted sospecha que es una tripa primaria es el alambre. Se trata de un procedimiento in-genioso. El corneta de órdenes surge en el dormitorio de la tropa. Ejecuta la diana, aunque yo sugiero que ejecute los primeros compases de la marcha de "Aída". Este es un punto que le expondré luego con más calma. Brotan los compases de la corneta. El hilo conductor empieza a funcionar. Una de sus ramas determina un gesto ritual en cada soldado: restregarse los ojos. Otra de las ramas, que funciona por electrólisis, moviliza las botas. Estas, naturalmente, sin esfuerzo, van hacia los pies de los soldados. Todo esto representa un ahorro de cinco millones para el Estado y de cinco minutos para cada hombre de la tropa. El Secretario de Defensa me ha dicho que vuelva el martes. He obtenido la patente de mi invento.

los inventores

Espero que usted haya comprendido mi explicación y que haga una campaña magnífica a favor de mi obra, que es el invento de un cubano.

El segundo, sacudiendo sus estadísticas, el rostro jovial, con esa jovialidad ingenua y fresca que sólo tienen los sepultureros, me dijo:

—He estudiado largamente el problema del azúcar. Durante innumerables noches he buscado en la estadística la fuente de la explicación. Y la he hallado. Se la recomiendo: una estadística después de las dos principales comidas. Es milagrosa la estadística —y digestiva como la zanahoria. Ah, sí, apoyándome sobre los antecedentes que suministra la estadística, he llegado a la conclusión de que nuestro mercado azucarero debe estar en China. Ahora bien, un mercado no se alcanza con sólo enunciar el propósito. Es necesario penetrarlo, saturarlo, inducirlo a la compra mediante la persuasión inteligente. Yo he pensado en el boniatillo. Puede hacerse un primer envío de cuatrocientos millones de boniatillos. Boniatillos individuales, semejantes a chorizos. Cada uno en su caja: una linda caja, desde luego, un envase delicado que contenga una palma en el anverso, una décima en el reverso y el boniatillo en el fondo, tierno, fragante, azucarado. Ese envío, ciertamente, será "al graten", quiero decir, gratis. La cuestión consiste en que el boniatillo individual sea saboreado por cada chino. Piense usted —y así se lo hice saber al Secretario de Agricultura— en la propaganda maciza que representa cuatrocientos millones de chinos hablando a la vez del boniatillo de Cuba. En realidad, hablarán del azúcar de Cuba, porque en lo endógeno de cada boniatillo, se encontrará nuestro azúcar. He hecho ciertos cálculos: sin costos excesivos puede hacerse tres envíos sucesivos de cuatrocientos millones de boniatillos, también gratis. Se operará, entonces, el fenómeno de persuasión. El chino adoptará el hábito del boniatillo. Tengo la seguridad que pedirán un cargamento inicial de veinte millones de boniatillos y eso producirá inmediatamente el aumento de tonelaje de nuestra zafra azucarera. Es, de un solo golpe, la íntegra restauración de nuestra economía, porque el boniatillo no sólo acrecentará nuestra producción de azúcar, sino que estimulará el cultivo del boniato.

Así hablaron, uno tras otro, ambos inventores. Acaso eran hombres que poseían una amplia capacidad para agrupar ensueños, para reunir ilusiones. Acaso, como dicen los neurologistas, estaban un poco tocados del queso. Pero no sonreí ante sus palabras, porque los inventores que vienen a los periódicos son como niños que corren tras juguetes nuevos. ☒

el paraguas del samurai

En *L'Equinoxe de septembre*, acaso su mejor libro, Henry de Montherlant cita una anécdota extirpada de la literatura heroica japonesa, para definir con un ejemplo su concepción del heroísmo a la manera griega, a la manera de Aquiles que no tiene necesidad de odio ni de cólera para combatir. He aquí la anécdota.

Un samurai acude al terreno donde va a batirse a duelo. Lluvea. Para resguardarse abre su paraguas. Adelanta unos pasos y advierte a su adversario, otro samurai, que llega al terreno del honor. Este no tiene paraguas y la lluvia le cae sobre los hombros, sobre su traje de seda. El primer samurai, cortés y delicado, avanza hacia su adversario y le ofrece el abrigo de su paraguas. El segundo samurai sonríe con gratitud mostrándose sensible a la cortesía. Ambos, muy cerca uno del otro, marchan lentamente por el terreno del honor, debajo del paraguas que levanta en sus manos el primer samurai. El primer samurai y el otro samurai, su adversario, debajo del mismo paraguas, conversan con sosiego, deploran aquella mañana de lluvia, se quejan de la humedad. Uno y otro, debajo del paraguas, marchan sin prisa, sonríen, canjean sus pensamientos. Llegan, en fin, unidos bajo el paraguas, al lugar en que van a batirse. El primer samurai abandona el paraguas. El segundo samurai lo coloca cerca de un cerezo para que escurra. Inmediatamente, desenvainan sus sables y se matan los dos.

Henry de Montherlant, el autor de *Service inutile*, después de contar esta anécdota exclama serenamente: Bajo este paraguas simbólico debieran colocarse las relaciones entre los pueblos y los hombres llamados a combatirse.

La anécdota es encantadora y me trae el recuerdo de un duelo al que asistí hace varios años. Los contendientes eran intrépidos, con un gusto del riesgo, con una inclinación incoercible hacia el peligro. El duelo era a sable, y en una nave situada en Luyanó donde se archivaban maderas, motores de auto-móviles, hierros retorcidos. Era una fría tarde de diciembre. Los adversarios llegaron al terreno con sus padrinos, los médicos, el Juez de campo e innumerables

invitados. No estaba lloviendo. De ahí que el primer samurai no le ofreciera a su adversario el abrigo de su paraguas. Comenzaron los preparativos. Uno de los padrinos abrió la caja que contenía los sables. Ah, qué hojas flexibles, vibrantes. Como se dice profesionalmente cortaban un pelo en el aire. Todos retrocedieron. No. No. No parecía prudente dejar aquellas armas de esquila mortuoria y de necrocomio entre las manos de unos adversarios que emanaban bravura. Alguien sugirió amortiguar las hojas. Fueron melladas, privadas de toda peligrosidad. Los contendientes, obediendo una orden severa del Juez de Campo, retiraron la chaqueta, el chaleco, la camisa, la camiseta.

Uno de ellos suspiró y dijo:

—Está fría la tarde. No saldré herido pero, en cambio, estoy a un milímetro de la pulmonía.

Y el otro, un poco melancólico, exclamó:

—Exacto. De aquí salgo con un catarro.

El Juez de Campo alzó su bastón, fue de uno a otro contendiente y de pronto, imperativo, enérgico, pronunció las palabras rituales:

—¡En guardia! ¡Adelante!

Chocaron los sables con furia y con brío. Fulguraban en el aire, extenuando una geometría de violencia. Agudos, implacables. De repente, el Juez de Campo, formidable de autoridad, irrumpió con su bastón en el terreno de los contendientes y lanzó un mandato:

—¡Alto!

Todos extendieron el pescuezo. El Juez de Campo proclamaba que uno de los adversarios estaba herido. Los médicos avanzaron con sus cajas menudas. Agua oxigenada, puntos metálicos, tinctura de yodo, una palangana breve, apta para remojar un corte de sable o media docena de habichuelas. Examinaron el brazo del combatiente. Entre la muñeca y el codo aparecía un relieve extraño. La carne no estaba herida. No aparecía una gota de sangre. Uno de los médicos apretó con énfasis en busca de un hilillo sangriento. Nada. El otro médico apretó con más énfasis después de aplicar un alfiler. Al fin, semejante a un rubí efímero, apareció una gota de sangre que, inmediatamente, desapareció. Hay hemorragia, exclamó el primer médico. Grave hemorragia, adicionó el segundo médico. Suspendido el combate, dictaminó el Juez de Campo. Los adversarios se apretaron la mano heroica y a dúo, con un perfecto sincronismo, emitieron tres estornudos.

—No me equivoqué, aquí está el catarro.

—Es verdad, la tarde está un poco fría.

Volvieron a estornudar con estruendo, en forma torrencial. Ah, en aquel duelo magnífico, página resplandeciente de intrepidez, había faltado el paraguas acogedor del samurai. En cambio, había una ración de estornudos. ☑

exaltación de la higuera

Se habla en estos días cóncavos y amargos de la diversificación de cultivos. Entre estos cultivos nuevos se hace referencia a la higuera. El nombre, positivamente, es eufónico, cristalino y canoro. No cabe duda que en la gravedad litúrgica y pontifical del castellano las palabras de cuatro sílabas tienen un aire entre risueño y majestuoso. Calabaza, mastodonte, amapola, cañandong: he ahí palabras admirables, por su sonoridad, por su robustez, que traen siempre ante los ojos que se fatigan imágenes altaneras. Higuera pertenece a ese repertorio. Ya veis: azúcar sólo tiene tres sílabas. Es un caso de insuficiencia. Y he aquí que, de repente, sin avisar, aparecen los exégetas de la higuera, los apologistas de la higuera. Es un coro bucólico y virgiliano que se prende anémonas en la frente iluminada, e inclinándose sobre sus bandurrias alacres entona loas a la higuera invisible e hipotética. Ah, Dios de Israel, ¿quién fue el mendaz, quién fue el torticero pultáceo, quién fue el fumista culpable y desconsiderado que afirmó que entre nosotros no existe conciencia de guerra? Ya empiezan los relatos hilaros y facetos sobre las bienandanzas que vamos a obtener con el cultivo de la higuera. Ya surgen las descripciones suntuosas, refinadas, que se organizan sobre palabras fluidas como sabios elixires, pero que proceden de una sensibilidad fosfórica, de esta sensibilidad que sólo poseen los niños cándidos y tímidos, los que saben extraer de las almas y de las cosas acentos desconocidos, los que transmutan su clarividencia en alucinación, los que saben descubrir senderos inexplorados en el misterio del hombre y claridades fulgurantes en los arcanos oscuros de la conciencia. Es como si vieran a Dios en los paisajes y colgaran sonrisas en los árboles y pusieran júbilos nuevos en las aguas y hallaran todos los aromas en los campos.

Cultivo de la higuera, de la higuera benigna, para sustituir a la caña maléfica, a la caña de los tormentos y de las angustias. Acaso ya ande por ahí quien, entornando los ojos, con las manos llenas de semillas exclame: Nuestra higuera es agría, pero es nuestra higuera. Cultivo de la higuera...

El alba se asoma por oriente. Pero no hay un canto de gallo, porque también será preciso, en obsequio de los nuevos cultivos, extirpar a ese tenor obstinado de la campiña cubana. Para anunciar el alba, habrá que utilizar el graznido de un cuervo, el vuelo presagial de una lechuza, el

grito bronco de algún animal inverosímil. Los labriegos parten de sus casas festivas —que bajo su techo decorado de glicinas y

de gladiolos poseen un aparato de televisión— hacia los campos distantes. Conducen en cestas floridas las semillas de higuera. Se les advierte una impresión de gozo y jácara, y esa impresión se acentúa porque los labriegos no usan ni sombrero de yarey ni guayabera, y cubren sus piernas joviales y elásticas con pantalones de jugadores de golf. El sol se empina por los montes. Los surcos están preparados, trigonométrizados, y en torno de ellos, a la hora de ingerir en la tierra las semillas de higuera, estallan unos cánticos alegres, unas deliciosas epifanías que refocilan todos los corazones.

Las semillas se transforman en fruto. Y ése será espléndido. Aviones de carga, procedentes de todos los continentes, llegarán a las pistas de aterrizaje, para tomar los inmensos fardos de higuera. Todos los mercados solicitarán nuestra higuera. Es que de la higuera se extraen múltiples cosas: sustancias para fabricar explosivos, sustancias para construir láminas de tanques, una materia que se utiliza para estructurar tirantes masculinos, y *rouge* para los labios de las señoras. No hay pérdida posible; los hombres siempre usarán tirantes para sus pantalones, las damas siempre llevarán en su cartera un creyón de labios.

Así discurren los animadores de la higuera. No, no hay fantasía en esos dichos, en esas descripciones. Sin embargo, el hombre ignorante gusta de consultar el diccionario cuando no sabe una palabra de agricultura. El mataburro no es muy prolijo. Pero es claro y preciso. Higuera o Higuera: uno de los nombres vulgares del ricino o higuera infernal.

Demonio: venid, ahora, a la página 812 del diccionario. Ricino: planta euforbiácea de cuyas semillas se extrae aceite purgante. Ah, es para sentir un poco de desilusión. Es un poco la aventura de Ícaro. La conocéis. Ícaro, hijo de Dédalo, huyó con él del laberinto de Creta. Se adosó a los omóplatos unas alas frágiles pegadas con cera. Pero se acercó demasiado al sol, se derritió la cera, se despegaron las alas, y el mozo ingenuo cayó al mar. La narración mitológica no lo dice; pero, acaso, Ícaro llevaba en la mano unas semillas de higuera. Sorpresa y revelación del diccionario: la higuera de nuestra futura bienandanza es el ricino. Decididamente, la riqueza de este pueblo ingenuo, de esta pobre Cuba martirizada, se encuentra en el palmacristi.